Meditaciones
para el Retiro de apertura del Capítulo General
(07.10.2024)
Mons. Luiz Fernando Lisboa, cp

Te pedimos, oh Padre, por la muerte de tu Hijo en la cruz, que abras nuestro corazón al conocimiento de tu Palabra. Te rogamos que esta experiencia no nos asuste, sino que la vivamos con paciencia, minuto a minuto, con la certeza de que tú nos conduces también a través de los momentos de silencio, de aridez, de cansancio, de desierto, porque tú eres más grande que nosotros y nuestro corazón solo encuentra descanso en ti. (Cardenal Martini).

Nuestra Señora de la palabra y del silencio, ruega por nosotros.

Primera parte

Quiero empezar este Retiro recordando las palabras del Santo Padre en la audiencia que nos concedió con ocasión del último Capítulo General: “Al centro de vuestra vida y de vuestra misión está la Pasión de Jesús, que el Fundador describía como «la más grande y estupenda obra del amor de Dios» (Cartas II, 499). El voto que os caracteriza, con el que os comprometéis a mantener viva la memoria de la pasión, os pone a los pies de la Cruz, de la que fluye el amor de Dios que sana y que reconcilia. Os animo a que seáis ministros de curación espiritual y de reconciliación, que son tan necesarias en el mundo de hoy que está marcado por antiguas y nuevas heridas. Vuestras Constituciones os impulsan para que dediquéis la totalidad de vuestras personas a la «evangelización y a la reevangelización de los pueblos, dando prioridad a los más pobres en los lugares más abandonados» (Const. 70). Vuestra cercanía con la gente, expresada tradicionalmente con las misiones populares, la dirección espiritual y el sacramento de la Penitencia, es un testimonio precioso. La Iglesia tiene necesidad de ministros que hablen con ternura, que escuchen sin condenar y que acojan con misericordia. La Iglesia hoy está escuchando un fuerte llamado a salir fuera de sí misma para que vaya a las periferias tanto geográficas como existenciales. Vuestro compromiso, de abrazar las nuevas fronteras de la misión, implica no solo ir a nuevos territorios para llevar el Evangelio, sino también, afrontar los nuevos desafíos de nuestro tiempo como las migraciones, el secularismo y el mundo digital. Todo esto implica el que estéis presentes en esas situaciones donde la gente percibe la ausencia de Dios y que tratéis de estar cerca de los que, de cualquier modo o

forma, están sufriendo.” (Salón del Consistorio, 22/10/2018). ¡Este es un verdadero proyecto de vida!

Es propio de nuestra Congregación hacer constantemente “*memoria Passionis*”. Hacer memoria, el *zikkaron*, no es simplemente recordar algo del pasado, mucho menos, fijarnos en ello, sino traerlo al presente, tener la presencia de la misma realidad, aunque de forma diferente y siempre nueva. Es hacernos presentes en el pasado, hacer del pasado un hoy, preparándonos para la vivencia futura, en la fuerza presenciada de lo que, en el tiempo, quedó atrás. Así, para nosotros la Pasión es un hecho siempre actual y activo en nuestra vida. De este modo encontramos la vida en la muerte, la fuerza en la fragilidad y la esperanza en el sufrimiento.

Otra forma de decir “*memoria*” es “*tener ante los ojos*”, dirigir nuestra mirada. Tenemos, pues, constantemente la Pasión del Señor ante nuestros ojos. Vemos a Jesús sufriente, como el Siervo de Isaías 53, y a muchos otros personajes del Antiguo Testamento que sufren, como Jeremías y Job, como tantos que en los salmos presentan súplicas colectivas o individuales (cf. los Salmos 22, 31, 69). Miramos y vemos en Jesús los dolores del mundo, de la naturaleza herida y de las humanidades destruidas. Podemos ver a los hermanos que sufren y todo lo que tuvo que sufrir San Pablo de la Cruz. En su seguimiento, San Gabriel de la Dolorosa y Santa Gema Galgani. También percibimos la mirada del Padre hacia su Hijo, que dice al verlo aplastado por la maldad humana: “*Este es mi Hijo amado*”. Aquel que el Padre presenta como su amado Hijo y que en su amor paterno destina al sacrificio. La voz celestial toma la forma de un amor de padre que se sacrifica enviando a su hijo a la muerte (Cf. J. Galot). Vemos a Jesús reflejado en nosotros y nos vemos reflejados en Jesús. Gran don de amor: podemos vernos reflejados en Jesús.

El momento más importante de la memoria es la celebración de la Eucaristía. Presencia y actuación de la gran eucaristía que comenzó en la Última Cena, que continuó en la cruz y que hoy se prolonga en la pasión de tantas personas cercanas o distantes, en las guerras, en las injusticias, en el hambre, en los prejuicios, en los abandonos, en las muchas soledades, en la naturaleza destruida... (incendios, inundaciones, fenómenos meteorológicos de todo tipo). “Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustrados no sólo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aun entre los creyentes, van de la

negación del problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos una solidaridad universal nueva." (Cf. Laudato Si 14).

Cada uno de nosotros lleva en sí las señales de la muerte de Jesús (Cf. 2Cor 4,10a). ¿Cómo vivimos nuestra pasión?

Su fruto es identificarnos con Jesús, principalmente con el sentido de la pasión del Señor. Aceptar la cruz no puede ser auto-castigo o una especie de masoquismo. Cuando sufrimos nos unimos y nos hacemos solidarios con tantas personas que sufren. El Mesías sufriente asumió las enfermedades del pueblo y cargó con sus pecados. Nuestro sufrimiento es luchar contra el confort y la indiferencia. Es renunciar a la nuestra para liberar al pueblo. Es vencer las estructuras del dolor para dar vida. Así, la pasión se convierte en misión. Misión de dar vida en las muertes, dar fuerza en la fragilidad, dar esperanza en el sufrimiento.

Cuando rezamos el rosario nos encontramos con los misterios del dolor. También ellos nos ayudan a conservar la "*memoria Passionis*" y destacan por la devoción al gran misterio de la Pasión, el momento máximo de nuestra redención, junto con la resurrección pascual de Jesús.

La primera escena propuesta a la consideración de todos es la agonía de Jesús en el huerto de los olivos. Es el misterio del ser humano. Jesús asumió nuestra humanidad y aquí vemos como se manifiesta como nunca su humanidad: el misterio de su ser humano. En la prueba y en la lucha se expresa la angustia humana, en la tristeza profunda, en el terror ante la debilidad humana. La soledad duele y la búsqueda de compañía se ve frustrada. Su cuerpo, su sangre, se vuelven tan sensibles como expiación por tanta insensibilidad. La humanidad de Jesús puede ser vista en su relación con el Padre, y en todo lo que vivió durante la mayor parte de su existencia humana, la relación con María y José: "*estaba sometido a ellos*".

Jesús tiene plena confianza y entrega a la voluntad del Padre. Él mismo nos enseñó a decirle al Padre: "*Hágase tu voluntad*". Es Dios, pero quiso ser humano y experimentar todas las formas de sufrimiento humano. He aquí un Dios humano y la humanidad de Dios. En su agonía, tal vez Jesús tiene ante sus ojos el absurdo sufrimiento que se abatirá sobre él. Pero no retrocede. El cáliz está lleno hasta el borde. Él acepta beberlo hasta el final. Su ciencia divina ¿alcanzaría todo el futuro y percibiría que la indiferencia somnolienta y

el abandono de los discípulos anunciaba la irracionalidad y la falta de lógica de la humanidad apegada al pecado? Lo hizo todo, pero los hombres se prefieren a sí mismos, el fracaso oprime su corazón. Cada uno de nosotros somos como una vasija de barro que contiene un tesoro inestimable y percibimos con claridad nuestra fragilidad humana. Es ilógico saber que somos tan grandes y al mismo tiempo tan pequeños. Contemplando nuestra realidad humana nos descubrimos tan sublimes y, al mismo tiempo, capaces de cosas incluso execrables. El mismo misterio tan excelso contenido en nuestras manos, muchas veces es fuente de angustias y tristezas inexplicables. A muchos la soledad les atormenta. Incluso el afecto de Dios parece inalcanzable. Podemos tener también la sensación de inutilidad, de fracaso, de esfuerzos hechos en vano. Somos humanos. ¿Cómo podemos decir: "*Hágase tu voluntad y no la mía?*".

Jesús, con valor absoluto, asumió el dolor y la muerte incluso con el silencio del padre.

¿Cómo vivió su ser humano San Pablo de la Cruz? ¿Cómo vivió la misión de estar junto a la humanidad sufriente?

La segunda escena propuesta a los cristianos en el rosario es la flagelación de Jesús. Es el misterio de la aceptación. Los evangelios son de una extraña concisión al hablar de la flagelación impuesta a Jesús. Dicen simplemente que Pilato mandó azotarlo. La flagelación era una tortura que precedía a la crucifixión de los condenados. Muy cruel, agotaba las fuerzas, en un intento de acelerar la muerte. Por lo que se descubrió en los estudios realizados, se sabe lo que ocurría. La carne del condenado era desgarrada y la humillación dolía mucho más. Jesús se somete al doloroso procedimiento como para denunciar la búsqueda de comodidades y satisfacciones propias de la humanidad, culturalmente entronizada en nuestro tiempo. Jesús acepta lo que hacen. Gran misterio de aceptación. Acepta por nuestra causa. A nuestro alrededor hay muchos cuerpos torturados, corazones destrozados, vidas destruidas. la humanidad herida por sus propias manos. Heridas provocadas, auto infligidas. Guerras, terrorismo, violencia, migraciones forzadas, multitudes de refugiados. "Es trágico el aumento de los migrantes huyendo de la miseria empeorada por la degradación ambiental, que no son reconocidos como refugiados en las convenciones internacionales y llevan el peso de sus vidas abandonadas sin protección normativa alguna. Lamentablemente, hay una general indiferencia ante estas tragedias, que

suceden ahora mismo en distintas partes del mundo. La falta de reacciones ante estos dramas de nuestros hermanos y hermanas es un signo de la pérdida de aquel sentido de responsabilidad por nuestros semejantes sobre el cual se funda toda sociedad civil." (LS 25) Los flagelos se renuevan, adquieren nuevas fórmulas, pero siempre hieren. También nosotros somos constantemente flagelados, también a nosotros puede aplicarse lo que dice 2Cor 4, 8-11. Somos llamados a revivir el misterio de la aceptación. Unidos a Jesús, nuestros sufrimientos se convierten también en suyos. Él sufre con nosotros y en nosotros. Así nuestros dolores se hacen salvíficos. ¿Cómo vivir nuestro envío para estar con los que sufren y curar sus heridas? ¿Cómo vivió san Pablo de la Cruz el misterio de la aceptación?

Al continuar haciendo "*memoria Passionis*" consideramos ahora a Jesús coronado de espinas y el misterio del ser nada. La brevedad de la descripción de la escena de la coronación con espinas es como un golpe violento en la conciencia del lector del texto evangélico (Jn 19,2; Mt 27,29; Mc 15,17). El tamaño de la crueldad es comparable con el tamaño de la injusticia. Pilatos, indiferente a cualquier sufrimiento, solo piensa en mantener su posición, en su poder. "Se requiere de la política una mayor atención para prevenir y resolver las causas que puedan originar nuevos conflictos. Pero el poder conectado con las finanzas es el que más se resiste a este esfuerzo, y los diseños políticos no suelen tener amplitud de miras. ¿Para qué se quiere preservar hoy un poder que será recordado por su incapacidad de intervenir cuando era urgente y necesario hacerlo? (LS 57) El Papa Francisco dijo que "el mundo exige voluntad política de los líderes gobernantes para adoptar medidas inmediatas para la preservación del medio ambiente y poner fin a la exclusión económica y social y sus tristes consecuencias" (Discurso en la ONU, 25/09/2015). La corona, símbolo de superioridad, de posición, de poder, aquí es el signo de la mayor burla y humillación. Sin embargo, la verdadera grandeza está en aquel al que quisieron humillar. La ironía de la escena, la grotesca imitación de una entronización, en realidad revela el nivel más bajo de quien humilla, de quien usa al otro como trampolín. Al mismo tiempo, nos dice que Jesús, por su humillación, recibió el nombre que está por encima de todo nombre. Ser reducido a nada es la concreción de la *kénosis*, del descenso que es la máxima elevación. Jesús acepta ser nada para que todos puedan recibir la plenitud de su vida.

En la vida de la Iglesia y del mundo, cuántos quisieron ocupar puestos de gloria… y el efecto siempre fue desastroso. Cuántos han buscado elevarse a

sí mismos pisando la vida, el honor de las personas, negando oportunidades, explotando, mintiendo. El orgullo, la arrogancia, el autoritarismo, el arribismo, el estrellato… cuánta opresión han provocado. Jesús eligió ser nada. En lugar de laurel, fue coronado con espinas. Él que aconseja ir al último lugar, lo ocupó de tal manera que nadie puede ocuparlo. Nuestro lugar, pues, es siempre el penúltimo.

¿Cómo vivir la misión de estar al lado de los últimos, de aquellos que el mundo reduce a nada? ¿Cómo supo vivir así san Pablo de la Cruz?